

MARCIAL, EL PEREGRINO EN SU PATRIA

Marco Valerio Marcial jugaba en los cerros de Bámbola con una salamandra de fuego. Era más bien escuálido, tenía la tez clara y los ojos luminosos. Soñaba cada tarde con los gamos saltadores y con las aguas ardientes que descendían de un río no muy lejano, aunque BÍlbilis también era regada por el Jalón, capaz de congelar el alma de los bañistas y las entrañas de una espada de hierro. Al otro lado de la senda, creía que se ocultaban las tumbas de sus antepasados y los cuerpos difuntos de los gladiadores evadidos que habían fallecido en libertad, envueltos en la piel de un león africano. La ciudad era escarpada y aparecía perfilada por una geometría insólita de pinas callejas. Albergaba abundante oro y un tropel de herreros magistrales que forjaban el hierro en medio de piras de lumbre. Al atardecer llegaban los cazadores belicosos con un cargamento de jabalíes y de ciervos desollados. Una aglomeración de muchachos los seguía por todos los rincones y escuchaba sus hazañas. Marco Valerio Marcial los miraba con embeleso: con el mismo con que contemplaba la columna de soldados pretorianos que partían al albor y las reuniones de sabios y ociosos en las tertulias del foro. Aunque quizá lo que más le apasionase fuese la llegada de los tribunos de Roma con sus togas de púrpura y de los mensajeros sedientos que narraban la caída del emperador o un horrible crimen de estado en los peldaños del senado.

Sus padres Valerio Frontón y Flacilla gozaban de una situación desahogada y le facilitaron estudios con instructores algo virulentos, adiestrados tanto en el arte de la retórica y de la gramática como del castigo severo y, en ocasiones, sangriento. El poeta ha recordado episódicamente sus desplazamientos en vehículo a Tarragona, adonde llegaba al cabo de cinco jornadas de galope veloz, y ha hecho mención a que desde muy temprano se inició en la escritura: «Todas las fruslerías que escribí hace tiempo, cuando era joven e incluso niño», dijo. En algún lugar consta que admiraba la poesía heroica y pastoril de Virgilio, y las obras de Catulo y de Domicio Mar-



VT EAS IN
BILB

so. No obstante, disponía de tiempo y de temperamento para toda suerte de aventuras. Solía montar un espléndido caballo, lustroso y potente, y perseguía las liebres por el sotobosque en compañía de sus perros alanos; se mezclaba con los niños harapientos de los esclavos en el confín de la enramada: juntos bajaban a los lagos de anguilas y se hundían en los arroyos en busca de una misteriosa cuenca de oro.

No se sabe qué lo llamó de Roma. Pero la ciudad de los dioses y del imperio era el anhelo de todo adolescente y sus padres lo dejaron ir, calzado con sandalia y polvo de su propio pie, con la esperanza de que se convirtiese en abogado. Llegó en el año 64 d. de C. y fue recibido por la colonia hispánica. Séneca y sus amigos juriconsultos, cónsules y poetas. Frecuentó no sólo sus salones y sus tertulias literarias, sino las de Petronio y Lucano. Entre ellos, en veladas que se prolongaban hasta el alba con vino, vituallas y libros recién enviados por los editores y los amanuenses, se decantó su vocación literaria, aunque no tuvo tiempo de estrenarse bajo el impulso protector de sus maestros. Al año siguiente, se descubrió la conjura de Calpurnio Pisón contra Nerón, en la que estaban implicados sus amigos. Séneca, antiguo preceptor del emperador, Petronio y Lucano fueron obligados a suicidarse y Marcial retuvo siempre en la memoria aquella ceremonia impía. No sólo perdía a sus protectores, sino que quedaba en el más absoluto de los desamparos. Durante algún tiempo mitigó su tristeza en las reuniones que promovía Pola Argentaria, la viuda de Lucano. Ella se empeñó en mantener viva la llama del amor más allá de la muerte del modo que más agradece cualquier escritor: procurándole gloria, lisonja y eternidad. Intentó divulgar la obra del autor de *Farsalia* y protegió a sus amigos, Marcial entre ellos. El poeta, años después, le dedicaría varios epigramas que ensalzaban no sólo su belleza, sino su humanidad y su inteligencia.

Se vio obligado a buscar nuevos padrinos. Durante años soñó con una quinta en el campo, rodeado de flores agrestes, de jinetes y de rosales, apartado de la ruidosa urbe y entregado únicamente a los dictados de la Musa, tal como había hecho Horacio, bajo la sombra iluminada de Mecenas. Hasta la aparición de su primer libro, en el año 80 d. de C., su vida se pierde en el pozo de las conjeturas. Una de las últimas hipótesis, anunciada por el experto italiano Francesco Sinatra, afirma que el poeta se empleó de guardia imperial en regiones remotas y rebeldes tras haber desempeñado labores de sereno en Roma y alguna provincia próxima. Fue favorecido por Tito y más tarde por el sórdido y agrio Domiciano, y se hizo cliente de varios nobles a los que debía acompañar cada mañana a extramuros en las visitas de cortesía y de solaz, a los diálogos del foro e incluso a los baños. En la hora décima se sentía libre al fin, se dirigía a las termas, reptaba como una víbora mansa por las aguas y luego regresaba a por su bolsón de sestercios. No le resultaba cómodo incorporarse al séquito ni seguir la litera bajo un sol de justicia por las llanuras, alfombradas de escorpiones y jaramagos. También hacía viajes a la ribera para contemplar donde se acuesta la onda plana del mar o el vuelo tardo de las gaviotas sobre un montículo de juncos y arena. Nunca

fue insensible al amor, aunque no se casó jamás. A sus poemas asoman bellos nombres de mujer, criaturas etéreas cuyos labios exhalan la fragancia del membrillo mordido y anécdotas de noches locas en la intimidad de una estancia forrada de muselina. Conoció esclavas de color que se desnudaban por las esquinas, entre las alcancías y las columnas de mármol, y dejaban temblando un perfume de almizcle en la madrugada. Conoció a las viudas desesperadas que recibían en el recto y en la boca mórbida una descarga de ebriedad salaz; y a las prostitutas que se estremecían de emoción ante los soldados errantes. Amó cuerpos insaciables y dulces que le despedían en la aurora, fatigado y feliz, con más de un millar de besos en el rostro. Pero siempre tuvo la impresión de que tenía el corazón desocupado.

Su carácter fue servil y lisonjero con los señores. Sarcástico y procaz con los inmorales y los cretinos. Buscaba la tranquilidad del porvenir en el oropel del poderoso y eso lo condujo al panegírico y a la alabanza constante. Era un hombre pedigüeño y quejumbroso. Se lamentaba de su infortunio y de su falta de propiedades; aseguraba que se alimentaba mal y que no disponía de toga propia ni de un vestuario idóneo, aunque la realidad fue algo diferente. En Marcial, la máscara del autor esconde al hombre mismo. Nunca fue tan desdichado ni tan miserable como nos hizo ver, a pesar de que en algunos momentos Domiciano menoscabase su valía y le negase la toma de un canal de agua para su domicilio. Fue nombrado caballero y tal vez el emperador, o los herederos de Séneca, lo obsequiaron con una bella casa de campo en Nomento, donde se aliviaba de las fatigas de Roma y de sus innumerables noches de insomnio. Algo que lo disgustaba profundamente eran los tumultos nocturnos de la urbe: de repente, cuando los durmientes habían conciliado el primer sueño, comenzaba la romería de los carros y el relincho de las caballerías. Los panaderos iniciaban sus faenas, los herreros templeaban sus espadas y los caldereros azotaban el metal. Los beodos se orinaban en los mirtos y los enamorados se arrullaban en las plazas públicas, bajo las grandes estatuas de mármol. E incluso, un náufrago charlatán solía relatar, con una monotonía invencible, su triste odisea: el origen plebeyo de su stirpe, el curso de la navegación hacia las costas griegas y el duro batacazo del viento que quebrantó la nave en dos mitades y envió los marinos a un océano encabritado de tiburones y de ballenatos furiosos.

En Nomento podía descansar apaciblemente y seguir el curso de los astros en el cielo incendiado. Tenía un bosque cerrado para cazar ciervos y liebres, tierras de labor con viñedos y sementeras administradas por varios esclavos, un jardín florecido con árboles de sombra, un pequeño lago y un edificio nada desdeñable, que nunca lo convenció del todo. Además contaba con una esclava —Eroción, que finó doncella y a la que le dedicó una elegía estremecedora—, otro siervo de color, un amanuense y un par de mulas para trasladarse a sus propiedades. Sin embargo, tenía que retornar continuamente a Roma para servir a sus patrones y aumentar su fama literaria. El éxito lo acompañó en vida: los soldados leían y declamaban sus poemas en los campamentos, la gente lo señalaba con el dedo y se multiplicaban los plagarios de

sus epigramas. Desde su primer libro, *Liber spectaculorum*, compuesto con motivo de la inauguración del anfiteatro Flavio, llamado luego Coliseo, toda su producción resultó muy bien recibida. Marcial alternaba el desgarro con el donaire, la sátira con la delicadeza, la burla feroz con la elegía, la llama y el hielo en los himnos amorosos, sin renunciar jamás a una postura hedonista ni a un lenguaje obsceno y chirriante en ocasiones. Consideraba que denunciaba vicios, pero no el nombre de los depravados, y solía decir que jamás intentó molestar a nadie. Se sabía un moralista y su vocación era la de restituir una visión humanista y no la de destruir una reputación. Cuatro sustantivos definen su poesía: sencillez, espontaneidad, precisión y elegancia. Marcial empleaba un lenguaje exacto, despojado de retórica y cruzado de puñales, y toda su obra está animada por un afán de perfección increíble. El propio poeta escribió lo difícil que le resultaba dar por acabado un libro (escribió un total de quince) y su obsesión por un argumento redondo, resuelto con un desenlace inesperado. Para que no hubiese equívocos, declaró: «Mis páginas huelen a hombre», y en otro momento dijo que practicaba «un arte en contacto directo con el pueblo». Y cuando era acusado de obsceno y maledicente, o de habitar él mismo los morbosos salones de la infamia y de la lascivia que describía, atajaba: «Mis páginas son traviesas, pero mi vida es honesta».

Vivir en Roma se le hacía insoportable. A Domiciano lo sucedió Trajano, aún menos sensible para el arte. La corrupción se había acrecentado y la capital ya lo había dado todo de sí para Marcial. El poeta había hecho una radiografía del corazón de los romanos. Había descubierto sus males, sus pasiones turbulentas, el heroísmo silencioso y la furia abolida. Era célebre, era envidiado y continuaba creyéndose pobre, aunque había hecho grandes amigos. Un día, le llenó un saco de sestercios a un amigo que volvía a Bilibis para que le comprase una casa. Algunas semanas después, con la ayuda económica de Plinio *el Joven*, emprendió la travesía de retorno. Huyó de las necrópolis, de las sendas tenebrosas y de los buhoneros hambrientos. Eludió los forajidos, los palacios donde habitaba un placer desmesurado y el mármol caliente de las orgías. Al cabo de varias jornadas, columbró el paisaje natal: la luz de oro y niebla se entretejía con los sarmientos de la viña, los estanques amarilleaban de peces y ranas, y los ríos arrastraban las mismas aguas de su infancia: en unas hervía el sedimento final de los ahogados y en las otras se había petrificado la brisa, el laurel y el plumaje de los gavilanes.

En España encontró admiradores y una pasión crepuscular. La viuda Marcela, cuya hermosura no se había ajado por la pena ni el transcurso del tiempo, le regaló propiedades y se lo ofreció todo: el amor, el reconocimiento y la idolatría. Marcial la correspondió con un epigrama singular y con idéntico frenesí: «Tú sola para mí constituyes Roma». Quiso ser dichoso en los últimos años de su existencia y vivió despreocupadamente. Organizaba sesiones de cacería, labraba los huertos de hortalizas y montaba a caballo por las alamedas umbrosas y las praderas de ninfas dormidas. Se manifestaba perezoso e insolente y, cada vez que le reclamaban un consejo de abo-

gado o que intercediese en un conflicto mayúsculo, amenazaba con irse. Prefería pasear por las selvas nevadas, departir con los cazadores y los encargados de su hacienda en torno a los leños de la hoguera doméstica o recibir los masajes de sus imberbes esclavos de largos cabellos. «En esta vida deseo que me encuentre la muerte», escribió.

Un tarde otoñal vino a visitarle Terencio Prisco y le pidió un nuevo libro. Marcial, por primera vez en su carrera, se sintió estéril para la creación. Había perdido el impulso de la inspiración, porque BÍlbilis no le facilitaba ni una sola idea ni una rima brillante. Cuando comprendió lo que había significado Roma en su trayectoria y que lo había catapultado hacia la eternidad, abrazó a su amante Marcela y le dijo: «Es la hora de volver a Roma. Esta calma ha estrangulado al poeta que fui ayer. Necesito el ruido, el desorden, la hipocresía, la maldad y la corrupción de la capital para seguir escribiendo». Pero para entonces ya era viejo, tenía el corazón encogido, las sienes despobladas y las piernas perezosas. Había cumplido 65 años. Su amigo Plinio *el Joven*, al enterarse de su muerte, lloró su desaparición y en su larga epístola de condolencia deslizó este retrato, la elegía más afortunada que se ha hecho del poeta: «Marcial era hombre ingenioso, agudo y mordaz, en cuanto escribía ponía mucha sal, mucha hiel y no menos candor».

